

**CARTAS DEL DIRECTOR** Antonio R. Naranjo


# 11-M, memoria y vergüenza

**L**a mediocre digestión, entre el exceso y el silencio, de una barbarie inasible como el 11-M no es cuestión estrictamente española, motivada por ese folclore doméstico tan cañí con el que tendemos a identificarnos.

Las mejores democracias del mundo ignoraron con contumacia el Holocausto nazi mientras se perpetraba en sus narices, y algunos intelectuales tan notables como Sastre llegaron a la cima del impudor al cambiar la indiferencia por una cierta complicidad.

Frente a la magnitud de la *Shoah*, superada cuantitativamente por Stalin al multiplicar por tres las víctimas de su exterminio pero no igualada por nadie en términos cualitativos (nadie buscó ni antes ni después la desaparición de una raza ni empleó en el empeño tanta ciencia y tecnología); prevaleció una estruendosa ceremonia colectiva del olvido que permaneció casi hasta los años 60. Tuvieron que pasar tres lustros desde el fin de la guerra hasta que los propios judíos superaran un terrible sentimiento de culpa y vergüenza y se atrevieran a reivindicar su dolor y obtener el reconocimiento y la solidaridad que su martirio siempre mereció.

No somos los primeros ni los últimos en malversar un legado traumático, pues, y en ese sentido la dialéctica entre quienes no celebran el 11-M con altura ética de miras y quienes lo recuerdan para insistir en las supuestas "incógnitas aún pendientes" son solo la traducción doméstica en una vieja dificultad general para metabolizar con decencia las afrentas colectivas de la historia.

El espectáculo de cada año, y van ocho desde aquella explosión en cadena con origen en Alcalá, dificulta aquello que Jean Améry exigía de "moralizar la historia" a partir de sus reflexiones sobre Auschwitz: la única manera de intentar comprender el III Reich o la guerra universal desatada por el terrorismo islámico es no olvidar nunca a los vencidos y reflexionar cívicamente sobre el profundo significado de tan enormes tragedias: en cada una de esas experiencias extremas hay un paradigma universal del tipo de barbarie de nuestro tiempo, en el que se mezclan factores religiosos, avances tecnológicos, diferencias económicas y es-



estructuras intelectuales sin precedente que o somos capaces de descifrar o nunca encontraremos el antidoto imprescindible para evitar que se repitan.

Por eso los sindicatos se equivocan, sin paliativos, al elegir una fecha tan simbólica para convocar una mani-

festación contra la reforma laboral. Es un día para que sólo haya una bandera y una causa. No entender algo tan básico equivale a echar estiércol en unas tumbas que necesitan, en exclusiva, de abono emocional, altura política y decencia humana. Tal vez se merezcan este despropó-

sito sindical los teóricos de la **conspiración**, incapaces de entender que las evidentes lagunas de la investigación no dan para montar una inaudita tesis alternativa y que su insistencia supone un martirio añadido a las familias, pero es seguro que a nadie más: el pancartismo de Méndez y Toxo este 11-M es una vileza indigna cuya justificación produce más pena que bochorno pero menos vergüenza que indignación. Bastaría con pensar que, en alguna montaña y en algún desierto lejano, alguien va a observar esta innecesaria división con una sonrisa victoriosa dibujada en la cara.

## ALGO DE PEDAGOGÍA

El déficit es la diferencia entre lo que se gasta y lo que se ingresa: unos 91.000 millones de euros en 2011, de los cuales 65.000 no son por mantener los servicios públicos, los subsidios asistenciales o las infraestructuras. Proceden, en el mismo año en que se aumentó la edad de jubilación hasta los 67 años o se congelaron las pensiones, del formidable agujero de la Administración, ese país dentro del país que merece el nombre de **Chiringuistán**.

Los cálculos más optimistas hablan de 4.000 organismos, instituciones, fundaciones, empresas, observatorios, institutos y entidades que funcionaban como una especie de policía corrupto, aquella impactante película de Abel Ferrara protagonizada por el gran Harvey Keitel: decían ser y estar para tutelar el Estado de Bienestar, para perfeccionarlo y elevarlo a otra dimensión; pero en realidad se han dedicado a disparar desde la ventana a los transeúntes, con balas pagadas por todos a precio de oro.

Por eso es fundamental no llamar **recorte** a la pérdida de un médico o un maestro y también al cierre de una televisión autonómica o una universidad: la abusiva proliferación de las últimas ha provocado las bajas de los primeros. Sería un error letal adjudicarle a los defensores de tanto chiringuito el papel de paladines de lo que en realidad han destrozado.